

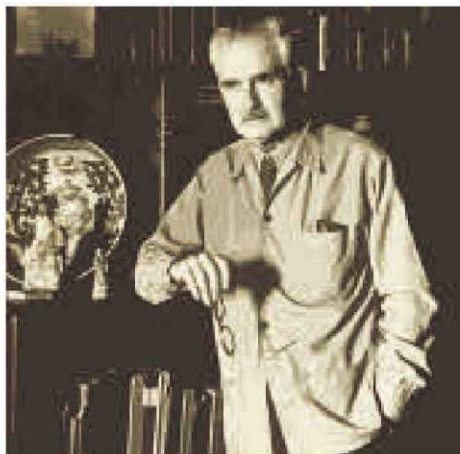


• MARIANO ESTEBAN DE VEGA

## La Universidad que no pudo ser

**L**O contó hace años don Julio Caro Baroja a Antonio Morales Moya, Joaquín Puig de la Bellacasa y Francisco Avizanda, cuando preparaban un documental para Televisión Española que acaba de ser recuperado por Ediciones Universidad de Salamanca como parte del libro “El espejo del tiempo”. A mediados de la década de los cuarenta, tras la Guerra Civil, José María Ramos Loscertales y Antonio Tovar intentaron incorporar a Caro Baroja, en esa época un joven que rondaba los treinta años, al claustro de profesores de nuestra Universidad. Caro Baroja publicó entonces, en 1945, un libro en el recientemente creado Servicio de Publicaciones de la Universidad, “Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina”, pero por razones que hoy nos resultan desconocidas el proyecto de convertirse en profesor universitario no cuajó. Miembro de una familia fascinante, sobrino de Pío Baroja, él mismo uno de los intelectuales españoles más clarividentes y originales de la segunda mitad del siglo XX, don Julio realizó, casi por su cuenta, una obra ingente en un campo fronterizo entre la historia y la antropología que lamentablemente no ha tenido continuadores. Quizá Caro Baroja fuera un personaje que habría encajado mal en los moldes burocráticos de las universidades del franquismo, sometidas a una escasez de medios y a un clima intelectual asfixiante que no eran el mejor caldo de cultivo para el avance del conocimiento. Nunca lo sabremos, en cualquier caso.

No mucho después, en 1959, otro gran intelectual español, también singular y solitario, el psiquiatra Carlos Castilla del Pino, estuvo a punto de ser catedrático de la Universidad de Salamanca. Con alguna imprecisión en las fechas, la historia la evoca detalladamente en sus memorias, dos gruesos volúmenes titulados “Pretérito imperfecto” y “Casa del Olivo” que consti-



tuyen uno de los conjuntos autobiográficos más interesantes, descarnados, desconcertantes a veces e hipnóticos siempre de los publicados en España en las últimas décadas. Se encontraba vacante la cátedra de Psiquiatría de la Universidad de Salamanca y a las oposiciones a la misma, que se celebraron en la Facultad de Medicina de la Ciudad Universitaria de Madrid, concurrían varios candidatos. Uno de ellos era el novelista Luis Martín Santos, autor de “Tiempo de Silencio”, que entonces se encontraba preso en la prisión de Carabanchel Alto por razones políticas y que -paradojas de la época- acudía a los ejercicios escoltado por policías que, para completar el esperpento, se situaban entre el público y no ocultaban sus preferencias por los candidatos. Otro de los aspirantes era el propio Castilla del Pino, aparentemente avalado por los más poderosos psiquiatras de la época, como Juan José López Ibor y Antonio Vallejo Nájera. Presidía el tribunal el decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, director general de Sanidad y, no por casualidad, ginecólogo de la hija de Franco, quien informaba a diario del desarrollo de la oposición al ministro de la Gobernación, el general

Alonso Vega. Tras algunas maniobras de López Ibor, que forzó que alguno de los ejercicios se realizara a puerta cerrada, se conoció con gran escándalo el resultado y la victoria de un tercer candidato, el más inesperado y menos cualificado, pero fuertemente avalado desde las altas instancias del régimen. Castilla del Pino rompió entonces con la psiquiatría oficial de la época y la Universidad de Salamanca perdió la oportunidad de incorporar al gran referente de la renovación psiquiátrica de su tiempo.

La Universidad de Salamanca sufrió con la Guerra Civil y las depuraciones de la postguerra un “atroz desmoche” (recuérdese: dos destacados profesores fueron asesinados y ocho separados definitivamente del servicio, aparte de las sanciones temporales de menor gravedad que afectaron a una parte importante de su claustro), que la debilitó y empobreció significativamente. No por ello se convirtió en un páramo durante la prolongada dictadura franquista e incluso en algunos ámbitos -pensemos por ejemplo en la Facultad de Filosofía y Letras de los años cincuenta y sesenta, en particular en sus estudios filológicos- mantuvo un nivel destacado dentro del contexto general del país y de sus universidades. Sin embargo, conmueve imaginar qué habría sucedido si hubiera llegado a contar con Caro Baroja al frente de, digamos, una gran escuela salmantina de Antropología; o si Castilla del Pino se hubiera llegado a integrar en nuestra universidad y alentado desde ella la transformación de esta disciplina médica en España. Pero el azar, o las decisiones equivocadas de determinadas personas, guiadas unas veces por el interés o la comodidad y otras por la mera estulticia, desempeñan siempre un papel importante en la historia de las instituciones. La prolongada historia de la Universidad de Salamanca constituye un buen ejemplo de ello.